

## **ACTO DE IMPOSICIÓN DE DISTINTIVOS HONORÍFICOS**

### **28 de enero de 2026**

Queridos Rectores Fernando Tejerina, Jesús María Sanz Serna y Evaristo Abril, queridas y queridos compañeros del equipo de gobierno, autoridades académicas, miembros de la comunidad universitaria, queridas y queridos compañeros a los que hoy homenajeamos, señoras y señores.

Muchas gracias por acompañarnos en un día importante para nuestra Universidad.

Lo es porque los actos institucionales reafirman el sentido de pertenencia a la universidad, ponen en valor la enorme e importante actividad que aquí se desarrolla y, sobre todo, nos permiten constatar algo esencial: somos una comunidad universitaria unida por valores compartidos. Y, dentro del abanico de actos institucionales, el acto de imposición de distintivos honoríficos es, sin duda alguna, una de las grandes fechas en este calendario colectivo; es uno de los grandes acontecimientos, por su emotividad, de la Universidad de Valladolid.

Pero, además de la trascendencia institucional, hoy es un día muy especial, ya que reconocemos a las personas que han alcanzado la edad de jubilación o llevan un número importante de años trabajando para nuestra querida Universidad. Como en todas las familias, y los que pertenecemos a la comunidad de la Universidad de

Valladolid nos sentimos familia, los días en que nos reunimos para demostrar cariño a alguno de sus miembros tienen que ser de alegría, a la vez que de refuerzo de los vínculos y lazos que nos unen. Con este acto rendimos homenaje a personas concretas, pero a la vez fortalecemos el sentimiento de pertenencia y el compañerismo que nos define.

Porque, si algo da sentido a esta institución, son las personas que la integran. Ellas constituyen el alma, el corazón y el músculo que permite que podamos cumplir exitosamente la importantísima misión que nos encomienda la sociedad: formar a nuestros estudiantes para crecer como personas y como futuros profesionales que contribuirán al progreso de la sociedad; generar conocimiento y transferirlo al entorno; enriquecer a la sociedad, no solo en términos económicos, sino científicos, culturales y éticos. En definitiva, la Universidad debe ser un motor socioeconómico fundamental que lidere el progreso y el avance social, así como un espacio de libertad, convivencia, pensamiento crítico y conciencia ciudadana. Un faro que oriente y acompañe a nuestra sociedad.

Y, espero que coincidiréis conmigo, en un mundo como el actual, marcado por tensiones geopolíticas, amenazas globales e intentos de relativizar valores fundamentales humanos y sociales, este papel no es solo necesario: es imprescindible. La Universidad debe seguir recordando a la sociedad que debemos trabajar solidariamente y con

espíritu desinteresado por un mundo más justo y mejor, donde todas las personas puedan formarse y seguir su vocación a través del trabajo que elijan, pero en el que también se sientan acogidas e integradas y se puedan desarrollar en plena libertad e igualdad de oportunidades.

Nada de esto sería posible sin vosotros. Sin el trabajo diario, muchas veces silencioso, siempre exigente, de quienes sostenéis esta compleja institución. Aun cuando el reconocimiento social no siempre llega; aun cuando las condiciones no son las deseables; aun cuando en ocasiones nos sentimos olvidados por nuestros responsables políticos; aun cuando las normas y los marcos legales complican más de lo que ayudan, vuestro compromiso diario permite que la Universidad de Valladolid siga cumpliendo su misión y proyectándose hacia el futuro.

Por eso es saludable —y necesario— detenernos de vez en cuando, como hoy, y reconocer públicamente ese esfuerzo. Reconocer trayectorias largas, constantes y leales a una institución que cuenta ya con casi ocho siglos de historia. Ocho siglos en los que generaciones muy distintas han ido dejando su huella. Ninguna por sí sola ha construido la Universidad, pero todas han aportado su granito de arena. Y ese es, quizá, uno de los mayores logros de una institución como la nuestra: perdurar en el tiempo gracias a la suma de compromisos individuales.

Como Rector, es para mí un honor representar hoy a la Universidad de Valladolid en este acto y entregar, en

nombre de toda la comunidad universitaria, estos distintivos a las personas, profesores y personal técnico, de gestión y de administración y servicios, que acreditan una larga trayectoria de servicio. Es también una alegría acompañar a quienes iniciáis una nueva etapa vital tras la jubilación, a la que deseo que lleguéis con serenidad, proyectos y tiempo para lo verdaderamente importante.

El acto es sencillo, discreto, pero está lleno de afecto. Los distintivos que hoy entregamos no tienen un valor material relevante. Su valor reside en lo que simbolizan: el reconocimiento a una dedicación prolongada, a una vida profesional vinculada a nuestra *alma mater*. La insignia por veinticinco años de servicio y la placa de jubilación quieren hacer visible ese agradecimiento colectivo.

A los primeros, a quienes cumplís veinticinco años de servicio en la Universidad, os felicito sinceramente por ello y os deseo lo mejor para el futuro. Y, si me lo permitís, os pido que no olvidéis con vuestra dedicación seguir velando, como hasta ahora, por mantener vivos los mejores valores de nuestra institución.

A quienes alcanzáis la jubilación, os deseo una etapa plena y feliz. Una etapa para disfrutar sin urgencias, para compartir, para elegir el tiempo. Sed felices, sed dichosos. Vivid una nueva etapa para disfrutar, sin obligaciones perentorias más allá de gozar y compartir con vuestros seres queridos. Eso sí, os pido que no olvidéis nunca a la que seguirá siendo vuestra Universidad. Aquí, donde — como recuerda nuestro lema— la sabiduría construyó su

casa, siempre tendréis la vuestra. La Asociación *Magistri* es, además, un cauce natural para mantener ese vínculo.

Desafortunadamente, este día que es de alegría, no lo es de manera completa, no puede serlo. Porque también es un día para recordar a nuestros compañeros y compañeras que, tristemente, nos han dejado antes de tiempo. Ana, Máximo y Javier. Su ausencia duele, y su recuerdo emociona. Pero es justo y necesario tenerlos muy presentes. Porque fueron nuestros compañeros, porque les queremos y les echamos de menos. Pero también porque se lo debemos. Ellos han dado lo mejor de su vida por la Universidad de Valladolid y debemos reconocer su trabajo y compromiso. Soy consciente de que no hay consuelo posible para sus familiares, compañeros y amigos. Pero espero y deseo, de todo corazón, que encuentren un poco de alivio en este reconocimiento que expresa toda la comunidad universitaria. La placa que hoy se os entrega es expresión de un sentimiento profundo y compartido de gratitud, de memoria y, sobre todo, de cariño. Quienes ya no están contribuyeron decisivamente a hacer mejor esta Universidad y encarnaron valores que deseamos preservar: compromiso, responsabilidad, compañerismo e ilusión. Permanecerán siempre en nuestro pensamiento y serán nuestro ejemplo a seguir.

Por ello, antes de concluir esta intervención, querría compartir una reflexión final dirigida especialmente a quienes continuamos trabajando en la Universidad de Valladolid. El mejor homenaje que podemos rendir a las

personas a las que hoy distinguimos es seguir su ejemplo: ejercer nuestra labor con responsabilidad, entrega y sentido institucional. No importa el puesto que ocupemos: cada tarea bien hecha contribuye a engrandecer esta casa común.

Y permitidme, como químico, traer hoy las palabras de una de las figuras más admirables de la historia de nuestra disciplina, Maria Skłodowska, más conocida como Marie Curie, quien nos recordaba algo que creo que resume muy bien el espíritu universitario:

*“Nada en la vida debe temerse, solo debe comprenderse. Cuando lo comprendes, el temor desaparece”.*

Estas palabras, nacidas de una vida dedicada al conocimiento y al servicio de la humanidad, resumen aquello que da sentido a nuestro trabajo. Porque la Universidad —esta Universidad de Valladolid que tanto queremos— avanza precisamente gracias a esa voluntad de comprender: comprender para enseñar, comprender para investigar, comprender para acompañar a la sociedad en sus desafíos. Y hacerlo sin miedo, con la serenidad que nos otorgan el rigor intelectual, la pasión por el saber y el compromiso de todas las personas que formamos parte de esta comunidad universitaria.

Además, y a pesar de mis comentarios anteriores sobre los sentimientos que a veces nos asaltan de falta de valoración por la profesión universitaria, debemos sentirnos privilegiados de poder desarrollar nuestra

vocación en una institución tan relevante y con tanto impacto social como la Universidad de Valladolid. El trabajo de todos es necesario. Continuemos si cabe con más compromiso, como nos han mostrado las personas a las que hoy homenajeamos. Nuestra responsabilidad es grande. Estemos a la altura de quienes nos precedieron.

Unas palabras finales antes de concluir.

A lo largo de los años he tenido la oportunidad —y el privilegio— de vivir esta Universidad desde responsabilidades muy distintas, pero siempre desde la misma convicción: que nada de lo esencial ocurre sin las personas. Hoy, al mirar este Paraninfo y escuchar vuestros nombres, uno comprende que la Universidad de Valladolid no se explica solo por sus edificios, sus estatutos o su historia, sino por las trayectorias humanas que la sostienen día a día.

Vuelvo a recordarlo: esta es una Universidad con casi ocho siglos de vida. Ocho siglos en los que nadie ha sido imprescindible, pero todos han sido necesarios. Cada generación ha añadido una capa, un gesto, un esfuerzo callado que ha permitido que la institución siga en pie, reconocible y viva. Hoy, con este acto sencillo, volvemos a hacer visible esa cadena silenciosa de compromiso.

*“Caminante, no hay camino, se hace camino al andar”.* Cada uno de vosotros, con vuestra dedicación y esfuerzo, habéis ido dejando huella en esta Universidad, haciendo posible que su camino siga adelante. La Universidad de Valladolid continúa, y continuará, gracias a quienes

estuvieron, a quienes están y a quienes vendrán. A todos vosotros, homenajeados hoy, os debemos una parte de ese camino y de su historia viva.

En nombre propio y en nombre de toda la Universidad de Valladolid, os traslado nuestro reconocimiento más sincero y nuestro afecto. Os deseamos lo mejor para el futuro y la mayor felicidad.

A todos los homenajeados, un abrazo sincero. Gracias, de todo corazón.